

# Un debate necesario

Tomás Moulian

**M**ás de alguien tendrá la tentación de preguntar ¿y usted, por qué se mete? Sin embargo, para la izquierda en su totalidad es una suerte de exigencia política participar activamente en los debates suscitados por el congreso del Partido Comunista (PC). No solamente por razones derivadas del carácter sistémico de la estructura de partidos y dentro de ella de la configuración de izquierda (las posturas de uno afectan a los otros) sino especialmente por la importancia de la organización implicada y de los temas debatidos. Para los partidos de ese arco o para las personas ligadas a la tradición progresista es un interés propio el devenir de la discusión comunista. La imagen de partido que se proyecta, las maneras de definir la relación con la democracia o la cuestión militar no son "problemas internos" del PC, por ende un terreno vedado, el coto íntimo de los asuntos de familia.

Al revés de otras oportunidades, ellos mismos han querido que se realice una discusión abierta. Incorporarse en ese debate, significa inevitablemente tomar partido sobre los temas lanzados a la discusión. No es fácil sortear los desafíos implicados en esta empresa de intercambio crítico y de esclarecimiento. Pero, sin duda, ella exige una norma metodológica: que las reservas o cuestionamientos no sean motejadas de anticomunismo.

Estamos de acuerdo, en la izquierda y más allá de ella, que para el desarrollo democrático chileno es muy importante que la franja de izquierda expresada en el PC esté plenamente integrada en el sistema político, porque probablemente representa un sector significativo del país y en especial del mundo popular.

Pero, además, existe un problema que es teóricamente previo al de la representatividad. Un principio básico es que solamente a aquellos que tienen acceso a luchar por oportunidades de poder, en un entorno de competencia efectiva, a los que tienen los derechos de ciudadanía se les puede exigir la obediencia justa hacia las reglas de un sistema político. No hay obediencia política justa que no requiera de una reciprocidad entre deberes y derechos. Los excluidos obedecen en virtud del principio de la fuerza, no del principio de la legitimidad.

En función de la misma lógica, un

sistema democrático-representativo le plantea a todos los actores una precondición de participación: la aceptación de las normas de competencia regulada por el poder. Esto significa que las partes pueden recurrir a los recursos del conflicto pero deben evitar la guerra. Cuando ésta estalla, es porque el sistema de intercambios competitivos ha sido destruido.

## En carne propia

No solamente la democracia requiere despojar a las partes en contienda de los medios de guerra; en realidad es la existencia de cualquier Estado "en forma" la que exige un monopolio de los medios de violencia y una regulación de su uso. Pero, lo que en otros tipos de Estado es una regla coercitiva, en la democracia con competencia efectiva es una norma de legitimidad. Si la política se entiende de otras maneras ello acarrearía su destrucción.

Por tanto la tesis planteada en el congreso del PC respecto a que todas las clases y partidos no solamente tienen una política militar, sino apelan a recursos militares en la lucha por el poder, debe ser mirada, tomando en consideración lo anterior, desde dos puntos de vista. Uno es el histórico, otro es el teórico.

Desde el punto de vista histórico, basta recorrer a vuelo de pájaro los siglos (la edad antigua, la moderna y la

contemporánea) para reconocer que la tesis se cumple. Maquiavelo, varios siglos antes que Marx, Lenin o Weber, muestra el papel de la fuerza y de la guerra como recurso de la lucha por el poder. Si recorremos la historia de Chile, sin el velo idealizante que nos ha llevado a no reconocer la violencia de su trayectoria, vemos que la guerra ha jugado papeles centrales: en la lucha contra las poblaciones indígenas, en la expulsión de los conquistadores, en la construcción por Portales de un Estado que impone la ley a los caudillos militares y hace reinar un orden conservador, en la derrota militar de los balmacedistas, en la contención represiva del movimiento obrero emergente desde las salitreras, en el golpe militar de 1973 y en el cruento exterminio de opositores, condiciones de una contrarrevolución burguesa.

Todo eso es verdad. Es exacto decir que las clases y partidos utilizan las armas de la fuerza o, en el límite, de la guerra. Por lo mismo, es una verdad de Perogrullo o, para ser menos tajante, es una afirmación que hasta el sentido común de este país, con predominio de ideologías pacifistas, ha podido comprobar en carne propia.

## El momento de una crítica

Puede constituir una afirmación rigurosa desde el punto de vista histórico pero, aplicada al momento actual, ca-

rece absolutamente de historicidad. El estudio de los clásicos, sea Maquiavelo o Lenin, demuestra que la violencia juega un papel central, pero que su aplicación está rigurosamente determinada por condiciones. Engels se encarga de recordar, hasta la majadería, que la violencia no hace historia. Plantear hoy día como tarea principal del pueblo y de los sectores democráticos la "rebelión popular" y la necesidad de estar preparado para usar todas las formas de lucha, incluida la

militar, es repetir un axioma como si fuera una verdad con historicidad (con atingencia real para Chile).

En política la realidad no se inventa: se actúa sobre ella en función de posibilidades ofrecidas por coyunturas. Las tareas de hoy no son "combinar formas de lucha", son, en verdad, acumular fuerzas sociales y políticas para impulsar una democratización real. Como los mismos comunistas lo dicen, ese es el gran desafío. No se contribuye a sumar fuerzas predicando la necesidad de todas las formas de luchas, aunque sea verdad que los burgueses acuden sin escrúpulos a la fuerza cuando la necesitan y que Pinochet cuenta con fuerza militar y es un freno de la transición. Pero esos obstáculos no se enfrentan con palabras.

Los problemas militares constituyen un arte complejo, no se puede jugar con ellos ni menos convertirlos en una retórica. La demagogia izquierdista ya ha cobrado demasiadas vidas. Es mirar la historia al revés crear que se puede enfrentar la cuestión militar preparando ejércitos de aficionados o sensibilizando a los militantes sobre la necesidad del heroísmo. Esa política ha acarreado demasiados fracasos. Sería el momento de realizar una crítica a fondo de sus supuestos.

### La dura historia

Por otra parte el problema de la conquista militar del poder plantea problemas teóricos que debemos enfrentar. La tradición comunista, afirmada en múltiples combates contra el verbalismo guerrillero de la década del sesenta o contra la versión socialista de la "combinación de todas las formas de lucha", insistía en la posibilidad para Chile de un tránsito al socialismo desde la democracia. Debe irse más allá.

Ese problema debe ser planteado como condición teórica, no como condición histórica. Las revoluciones socialistas no solamente son excepcionales; además son un camino de construcción de sociedades con un amplio rango de igualdad, pero donde la libertad política es durante mucho tiempo coartada. La dura historia que hemos vivido debe enseñarnos una ética de reciprocidad: no haremos a los demás lo que nos hicieron. Así, los avances serán lentos, pero no solamente estarán menos expuestos a la furia de clases dominantes que enfrentadas al miedo no tienen ética alguna; también nos permitirán crear sociedades que, sin pretender la armonía perfecta, puedan ser vivibles para grupos diversos y heterogéneos.

La relación histórica casi permanente entre política y guerra es una evidencia, pero no es el ideal político para los que quieran contribuir a hacer más habitable esta tierra y esta sociedad concreta. Ello requiere una perspectiva de superación del capitalismo, pero también una perspectiva pacifista, de tolerancia social, de sensibilidad ecológica. ¿Cómo absorber la diversidad manteniendo el conflicto y ampliando la igualdad y la libertad? Las citas de autoridad deberían sobrar. Sin embargo el contexto obliga a recordar que esta es la inmensa tarea que hoy día enfrenta Gorbachov. ☒

